



Investigación Educativa
Vol. 16 N° 30 91 - 98
Julio-Diciembre 2012
ISBN N° 1728-5852

PEDAGOGÍA VIVA. TESTIMONIOS.

1. PALMA ROJA¹

VIVA PEDAGOGY. TESTIMONIALS.
1. PALMA RED

*José Flores Barboza*²

RESUMEN

El doctor José Clemente Flores Barboza, distinguido profesor de nuestra Facultad, da inicio en este número a una serie de narraciones de alto contenido educativo. Los pasajes que presenta son experiencias extraídas de su propia trayectoria vital, así como de la de sus estudiantes, y constituyen motivo para la reflexión, el debate y la investigación. En este sentido, aportan un valioso material para la formación de los futuros docentes a través del método de casos, estrategia a cuya difusión ha consagrado buena parte de su valiosa labor.

Palabras clave

Formación docente, estudio de casos.

ABSTRACT

Dr. José Clemente Flores Barboza, distinguished professor of our faculty, this issue begins a series of stories of high school. The passages are presented experiences from his own life story and that of their students, and are cause for reflection, debate and research. In this sense, providing important input for the training of future teachers through the case method, who dissemination strategy has devoted much of his valuable work.

Keywords

Teacher training, case studies.

La señora Zoila era profesora del segundo grado de primaria en el Colegio Nacional 441. Corría el año 1945 y por entonces yo tenía siete años. Ahora tengo diez veces más y, aunque parezca fantasía, todavía me asaltan como fantasmas traviosos jugando al escondite en mi cerebro, los recuerdos de su método para enseñar la solución de operaciones matemáticas.

La profesora Zoila repasaba en la pizarra las operaciones de suma y resta y explicaba las

¹ Artículo elaborado el 5/11/2010, recibido el 12/11/12 y aceptado el 19/11/12.

² Profesor principal de la Facultad de Educación, UNMSM.

de multiplicación y división que debíamos aprender. Cuidaba que se respetase la tabla posicional y lo que se hacía cuando había que llevar o prestar un dígito. Demostraba una y otra vez el procedimiento con mucha paciencia; y luego, para que practiquemos, proponía problemas y nos enseñaba a resolverlos mediante un raciocinio. Llegado el momento en que debía comprobar si habíamos aprendido, llamaba a la pizarra a varios de nosotros en grupos de cuatro. Dictaba a toda la sección un problema con las operaciones que debíamos resolver, nos daba un tiempo para pensar y desarrollar y procedía a comprobar los resultados obtenidos por cada cual. Felicitaba sonriente a quienes realizaban la operación correctamente, en especial al primero que lo lograba; al último lo regañaba y, si su resultado era incorrecto, le daba un palmetazo en la mano "por demorón y por torpe".

Más tarde comprendí que lo que la profesora Zoila evaluaba era la velocidad y exactitud del pensamiento matemático. Su alegría era sincera y sus felicitaciones francas a los más rápidos. "La operación la aprende cualquiera, el mérito está en la velocidad, ahí destacan los inteligentes", solía decir.

Su sistema llegó a ser mi némesis. Yo aprendía con lentitud y me demoraba en resolver los problemas en comparación con mis compañeros, en especial en los exámenes, pruebas cortas, ejercicios en la pizarra, es decir, cuando había que trabajar contra el reloj. Recuerdo que me invadía una ansiedad enorme que crecía conforme pasaban los segundos. Y justamente, por pensar en esos segundos que iban transcurriendo, no me podía concentrar en los números y las reglas. Y cuanto más se iban complicando las operaciones, más me demoraba en hacerlas.

Demás está decir, creo, que empecé a ser el favorito de los palmetazos de la profesora Zoila. Pero ¿qué podía hacer? Justo en el momento preciso mis nervios me traicionaban. Me daba perfecta cuenta que no solo era necesario saber la operación, sino hacerla bien y rápido. Y esto último era lo que me daba más temor, como ya dije, porque por pensar en el tiempo que pasaba y apurarme, me equivocaba y eso me daba más miedo al oír los gritos de regaño de la profesora. Con Gómez, mi compañero de carpeta, ensayábamos diversas combinaciones para sumar, restar y multiplicar y estar listos para salir a la pizarra cuando nos llamaran. Pero resultaba inevitable cuando llegaba la hora de la verdad: escribir la operación que había que realizar, pensar dos veces cada paso que debía dar, sostener el resultado parcial en la mente para decidir el paso siguiente, con la atención agujereada por las risitas de burla de los chicos que sabían lo que iba a suceder. El primero que hallaba el resultado volaba a su carpeta feliz por el calificativo y la palabra de aprobación, lo mismo el segundo, y entonces la voz de la profesora dirigiéndose a mí: "Otra vez te quedas parado como una momia... Ya van a acabar todos... Hicieron el ejercicio y tú nada... Apúrate o ya sabes lo que va a pasar...", y yo, presa del miedo, los nudillos de los dedos restregándome la humedad de mis ojos, y resignado a lo que iba a pasar. Solo esperaba que el de al lado terminase para oír, una vez más, el murmullo de mis compañeros por un espectáculo que les era familiar y siempre les despertaba emoción: Flores, por no haber podido resolver la operación, iba a recibir el resondrón con voz tonante de la profesora, y seguidamente el merecido palmetazo "por torpe, por bruto, por flojo...". Y luego, humillado, avergonzado, cabeza gacha conteniendo el llanto que causaría más risa... ir a mi lugar a poner la cabeza entre mis brazos y llorar bajito consolado por Gómez, que también me reprochaba: "¡Por qué no lo haces, si tú sabes, si hemos practicado, bien hecho que te rajen!".

Hasta que un día decidí contarle a mi mamá lo que me estaba pasando.

Bueno es decir que yo estudiaba todas las tardes en la mesa del cuarto de cocina, que también servía de comedor, acompañado de mi mamá mientras preparaba sus potajes cantando los tangos de Carlos Gardel. Cuando yo no entendía una palabra le preguntaba el significado, otras veces dibujaba y le pedía sugerencias sobre la combinación de colores que debía pintar; en fin, hacía mis tareas de matemáticas siguiendo su consejo: "no te apresures, piensa bien, calcula bien antes de escribir un resultado, no es cuestión de poner por poner los números".

El año anterior, en primer grado, había aprendido las sumas y restas divirtiéndome porque mi mamá me enseñaba empleando montoncitos de menestras, especialmente frejoles y lentejas:

–Toma esté montón y cuenta cuántos granos hay– decía.

–Diecinueve– respondía yo.

–A ver, saca siete– instruía mi mamá.

–Aquí están.

–Ya, ahora dime mentalmente cuántos han quedado en el montón.

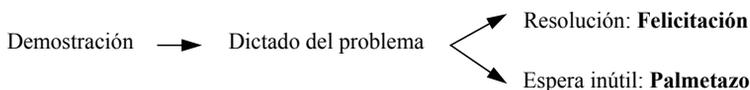
–Doce.

–Muy bien, hijito, muy bien... A ver, otro ejercicio.

Aprendí asimismo los sólidos geométricos pegando, recortando y armando, siempre con la ayuda de mi mamá o mis hermanos, las figuras de casas y edificios que aparecían semana a semana en el *Billiken*, revista infantil que venía de Argentina. Una vez armados los veía hermosos y contemplaba con amor porque eran mi obra...

Hacía, pues, mis operaciones y mi mamá me las calificaba, salvo cuando llegaron a ser difíciles, en que me calificaba mi hermano mayor Agustín, exigente y estricto, muy buen alumno en el mismo colegio, con quien los profesores frecuentemente me comparaban. Así aprendí a sumar y restar cantidades de dos y hasta tres dígitos sin dificultad, luego a realizar gráficos y dibujar figuritas relacionadas con cantidades, con cierta dificultad pero casi siempre acertando en los resultados.

Las cosas cambiaron cuando pasé a segundo grado y me encontré de lleno con un universo de números y otros símbolos en la pizarra y en el libro. Desde el principio del año la nueva profesora, la señora Zoila, nos había advertido que el programa era bastante recargado y que había que avanzar. Entonces me di cuenta que conforme se complicaban las operaciones con puros símbolos tanto más tiempo requería para cerciorarme del acierto de cada paso, regla que tan buen resultado me había dado con sumas, restas y también multiplicaciones. Por eso sería, me decía yo, que me equivocaba en los resultados cuando se trataba de las prácticas calificadas y los exámenes en que debía apresurarme para resolver rápido varias operaciones. Y encima de las dificultades de los temas mismos, empezó a regir el método de práctica de la profesora Zoila que lo sintetizo así:



El hecho es que, debido a mis ansiedades y quejas, mi mamá fue a pedirle a la profesora Zoila que me tuviera paciencia porque yo era un chico estudioso, cosa que le constaba personalmente y porque ella me revisaba todas las tareas, inclusive las de matemáticas. La profesora Zoila le dio la razón en que yo obtenía buenos resultados en todas las áreas excepto en matemática.

–Mire señora Flores, los chicos no rinden en todo por igual; por lo que yo he visto, su hijo tiene buen aprovechamiento en todas las áreas pero parece negado para las matemáticas. Cuando se trata de prácticas, se para frente a la pizarra y no ata ni desata, evidentemente porque no sabe hacer las operaciones; y si obtiene buen resultado ocasionalmente en un examen debe ser porque copia de su compañerito Gómez ¿O usted hace por él las tareas en casa?– dijo la profesora Zoila.

–Yo no le hago las tareas, así quisiera, por órdenes estrictas de su papá, ni a él ni a ninguno de mis hijos– casi gritó mi mamá con ira.

–Él sabe resolver las operaciones, lo que pasa es que se pone nervioso porque necesita tiempo según me ha contado y por miedo a los palmetazos que usted le viene dando–agregó mi mamá.

–Dígame profesora Zoila, ¿por qué le pega usted a mi hijo? Yo estoy criando cuatro varones y ni su padre ni yo tenemos necesidad de pegarles para corregirlos cuando se portan mal. Pero aquí en el colegio castigan físicamente a los niños cuando llegan tarde, les dan de palmetazos y a los reincidentes los agarran a correazos. ¿Qué es eso? ¿No ven que los humillan y los hacen llorar de dolor? ¡A mi hijo no lo vuelva a tocar! –concluyó tajantemente mi madre.

Es fácil imaginar lo asustado que entonces me sentía yo por el altercado, las voces altisonantes de uno y otro lado y, sobre todo, por la reacción que contra mí tendría la maestra cuando mi mamá se retirase.

–Entiéndame, señora Flores– dijo en tono conciliador la profesora Zoila. Aunque a usted no le parezca, corregimos así a estos chicos por su bien. Los varoncitos requieren mano fuerte para formar su carácter, para que obedezcan a los mayores y respeten las normas que impone el colegio. Aunque usted no lo quiera ver ahora, estoy segura que mañana más tarde nos agradecerá.

–Puedo reconocer sus buenas intenciones– dijo mi mamá. Pero esa no es la forma. Ninguno de mis hijos necesita de esos castigos. Entérese bien y verá que nunca han llevado a la casa un rojo en conducta en la libreta.

–Bueno señora– dijo la profesora. No tengo más tiempo. He decidido que, de ahora en adelante, a este niño no lo llamaré más a la pizarra. Usted se hará responsable de si aprende matemáticas como debe ser de acuerdo al programa. Pero eso sí, no podrá estar entre los mejores en el promedio de notas, se lo aseguro.

–Está bien profesora– replicó mi mamá. Yo me hago responsable, pero cuidadito con venganzas en ninguna forma con mi chico que ahora mismo mire cómo está pálido seguramente del miedo que siente por la forma en que usted lo tratará de ahora en adelante.

–Descuide– dijo la profesora Zoila. Yo también soy madre, mis hijos estudian aquí y sin embargo no pido privilegios... Que le vaya bien señora Flores.

–No es privilegio lo que pido– dijo mi mamá al despedirse agriamente. Pido un trato humano a mi criatura, y le repito, estúdielo bien y note sus habilidades y también su temperamento... no le infunda miedo a la matemática, no es justo porque él es capaz aunque usted no lo crea.

Efectivamente, de ahí en adelante el trato de la profesora fue de total indiferencia hacia mí. Simplemente no existía para ella para ningún efecto. Y a decir verdad, si bien era estricta en el manejo del aula y exigente para el cumplimiento de las normas de respeto e higiene, no tenía un trato abusivo ni despectivo para con nadie; era, lo que se dice, una buena maestra. La recuerdo porque a pesar de todo, contribuyó a que sea una persona respetuosa y responsable. La recuerdo con gratitud, pero sin afecto; y lamento que causara tanto estrago en mis sentimientos por la forma en que, seguramente convencida de lo acertado de su método, convirtió la matemática en una pesadilla para mí. Teníamos matemática tres veces por semana de tal manera que mi temperamento oscilaba al compás del día y hora en que tocaba el malhadado curso. Era tal la ansiedad que sentía que cuando llegó el examen final la noche anterior mojé la cama y llegué tarde al colegio porque mi mamá me tuvo que bañar y acompañar para que no me cayese un reglazo por la tardanza.

Finalizaba el año y mi mamá, con temor, averiguó quién sería la profesora del segundo grado. Se le iluminó el rostro cuando le dijo el Director que sería la señorita Olga, conocida de ella porque había enseñado a mis hermanos. En mi casa me felicitaron no tanto por mi calificativo aprobatorio sino por la persona que sería mi profesora. Y pasé unas vacaciones muy alegres porque la verdad que me sentí liberado y me dediqué a jugar fútbol, pimpón, la pega, mundo, bolero; y sobre todo a leer feliz *Peneca*, *Billiken*, *Mandrake*, y otras revistas que, como dije, venían de Argentina.

Sin embargo, las horas vividas ese segundo grado se instalaron para siempre en mi persona. Vinieron sucesivamente el álgebra, la geometría, la trigonometría, y colateralmente la Física, la Química, es decir, las disciplinas de ciencias. Pero ya por entonces yo había desarrollado la táctica de la "compensación" por la que, resignado a que en matemáticas siempre me iba a traicionar el tiempo, estudiaba para obtener excelencia en los demás cursos.

Así transcurrió toda la Secundaria pero nunca pude pasar del tercer puesto en mi promoción, los primeros lo ocupaban Díaz Basurto, hoy un físico radicado en Estados Unidos y Morales, exitoso psiquiatra graduado en San Marcos. Don Felipe Tiravanti, profesor que me aplicó una prueba vocacional y mi hermano Luciano, superdotado para el manejo de los números, me animaron y casi exigieron que postule a Ciencias Económicas, pero después de ponerle muchas ganas, me convencí que no era mi ruta al comprobar que el éxito radicaba no sólo en el dominio de la lógica de los algoritmos, sino, al menos para la prueba de ingreso a la universidad, la velocidad en la resolución de problemas, mi talón de Aquiles. Y decidí estudiar Derecho siguiendo la senda que marcó mi hermano Agustín.

Ya en San Marcos, por la cercanía de la Facultad de Educación con el patio de Letras,

escuché las disertaciones de Augusto Salazar, filósofo, Francisco Miró Quesada, lógico matemático y Emilio Barrantes, pedagogo. Fue tal la impresión que causaron en mi espíritu, que decidí seguir las dos carreras en paralelo. Para ello me entrevisté con el Decano de la Facultad de Educación, don Emilio Barrantes, quien aceptó mi propósito al examinar mis certificados y mi determinación, pero me advirtió, afectuosamente, que solo podría llevar la mitad de los cursos en cada año lectivo, por mandato del reglamento. Y así fue como me hice profesor de Filosofía y Lógica. El curso más difícil fue el de Estadística que dictaba el Dr. Cipriano Angles, curso que seguí con el apoyo de mi condiscípula Isabel Lombardi, pero que, a pesar de ello, debí aprobar como aplazado en el mes de marzo. Primera vez en mi vida que reprobé una asignatura. Y resurgió el recuerdo de mi profesora Zoila.

A los 36 años de edad postulé a una beca para seguir la Maestría en Educación en los Estados Unidos. Para poder triunfar, apliqué otra vez la política de la "compensación" y estudié como nunca. El día del examen se apoderó de mí una tremenda ansiedad que me resultó lejanamente familiar. Y le pedí ayuda en dos preguntas de Estadística a Palma, gran amigo quien me había comunicado lo de la beca, a pesar de que sería su competidor y que en efecto no ganó, pero me ayudó a vencer. Con el pecho resonando por las ansias, reparé en lo que había hecho: había plagiado, yo, que era tan estricto con mis alumnos y siempre les hablaba de la honestidad intelectual como primer deber del código de honor de un profesional, yo, había plagiado. Esa noche a solas en mi jardín a oscuras tuve una crisis moral. ¿Cómo había sido capaz de cometer fraude? ¡Y todo porque me había faltado tiempo para resolver dos problemas matemáticos! Y resurgió, en medio de mi amargura, el recuerdo del método de enseñanza de mi profesora Zoila.

Estudié durante cuatro semestres en la Universidad de Pittsburgh donde gané un *assistantship* (ayudantía). Culminé mis estudios y me gradué de Magíster. John Morgan, Director del programa de Educación me ofreció una beca para seguir el PhD (doctorado), máximo grado académico que otorgan las universidades norteamericanas. Me sentí inmensamente feliz. Recuerdo que al salir de la Universidad, en la Forbes Avenue, miré al cielo, alcé los brazos y di las gracias a Dios y a mi mamá, que está con Él. Me enteré que para ser admitido a los estudios doctorales había que cumplir requisitos académicos muy fuertes. No me importó, pues sabía que era uno más de los desafíos que ya había vencido a fuerza del estudio, lo que hacía con placer pues era la razón por la que había venido al mundo: ¡estudiar, aprender, enseñar, vencer! Entonces leí el prospecto para los candidatos al doctorado: debía aprobar un examen comprensivo que constaba de cuatro pruebas: Psicología de la Educación, Sociología de la Educación, Historia de la Educación y Estadística. ¡Estadística! Casi me da un infarto, ¡Estadística era requisito indispensable para llegar a ser PhD! Me sentí presa del desaliento. Pero, recuperando la serenidad porque no había más remedio, decidí rendir las pruebas en dos fechas de dos cursos por vez dejando para el final la de Estadística. Para la primera fecha el desafío mayor fue Historia de la educación norteamericana, de la cual no sabía nada pero que en verdad resultó apasionante por lo que asumí el compromiso de seguir cultivándola con o sin examen de por medio. Aprobé las dos primeras asignaturas y llegó el desafío de la Estadística. Decidí jugarme el todo por el todo y fui a hablar con John Morgan, quien era testigo de mi dificultad con la matemática. Le expuse el tema pero parece que no me expliqué bien por razón del idioma pero creyó, muy sorprendido porque me conocía bien, que estaba pidiendo exención de la prueba o algo así. Más se sorprendió cuando molesto le dije: "¡no, no, no John!, lo único que quiero es un sobretiempo de quince minutos, nada más. ¿Será posible?". "Déjame consultarlo", contestó. Y luego de una breve llamada me dijo: "OK, José, you can take your time". Salté de alegría y quise abrazarlo, pero no lo hice por temor a que fuera a creer que había yo entendido otra cosa. Le dije: "Gracias John, daré la prueba y saldré

muy bien, te lo prometo". John no salía de su asombro, creo, porque un poco más de tiempo no hacían la prueba menos difícil y, además, porque no sabía el antecedente de mi niñez.

Hablé con mi esposa a Lima y le conté lo feliz que me encontraba y la razón; me felicitó porque había aprobado Estadística y con ello ya era candidato al PhD. Estaba errada, pero no la corregí porque pensaría que estaba medio loco al sentirme tan feliz porque iba a dar un examen.

El día que aprobé Estadística fui al bar *Original* que está en la Forbes Av. y bebí la cerveza más feliz de mi vida, más que si ya me hubiera graduado. Se humedecieron mis ojos y miré el reverso de mi mano derecha. Y recordé las veces que en mi niñez la vi con la palma roja.

